

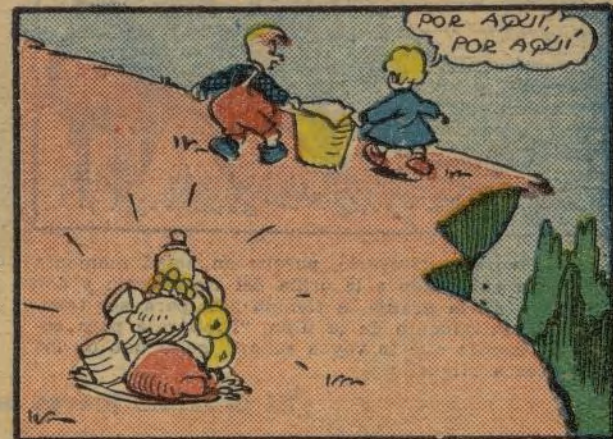


AÑO VI.—NUM. 323

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

18 de julio de 1935

LAS FAMOSAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



Andanzas de Miguelín EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

**SALVAMENTO
EMOCIONANTE**



"Mira hacia allá, Maruja", exclamó Miguelín, dirigiéndose a la hija del señor Randall y señalándole una canoa que bajaba río abajo. "Es la niña pequeña del señor Saunders, que está sola en la barca. Y se va acercando a las próximas cataratas."



Al punto Maruja, sin perder un segundo de tiempo, partió a galope hacia la granja para pedir auxilio, mientras Miguelín, apeándose, se acercaba a un corpulento tronco que yacía a la orilla del río, y, con ayuda de otro menor lo empujaba hacia el río.



Cuando lo vió flotando sobre el agua, se lanzó sobre él y, montando a horcajadas, y sirviéndose del otro tronco como de remo, avanzó hasta en medio del río. Allí comenzó a seguir atentamente las evoluciones y dirección de la canoa para salirle al encuentro.



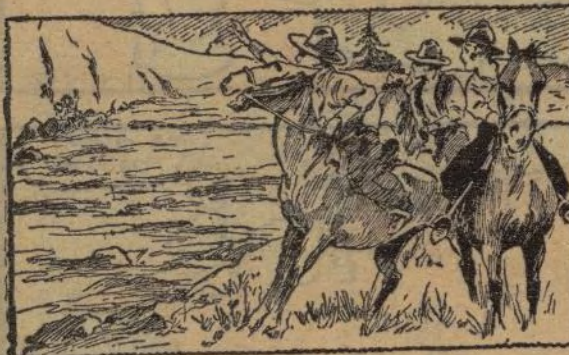
Cuando hubo advertido que la canoa se dirigía hacia unas rocas que sobresalían en el centro del cauce, dirigió hacia ellas su tronco, y lo colocó atravesado y sujeto en las rocas mismas, esperando a la embarcación que bajaba a la deriva.



La canoa se acercaba veloz hasta que, por fin, fué a chocar violentamente con el tronco atravesado en las rocas. Entonces Miguelín se incorporó rápidamente, y antes de que la niña vacilase y cayese al agua, la sujetó fuertemente y la atrajo hacia sí.



"Ya te tengo, Susi", exclamó regocijado y triunfante, consolando a la infeliz criatura, que se hallaba aterrada. Luego, mientras la canoa se iba a pique, Miguelín acomodó a la niña en el tronco junto a él y comenzó a pensar en el modo de salir de allí.



Pero no era necesario, porque en aquel momento llegaban galopando a la orilla del río Maruja y dos hombres de la granja, a tiempo aún para ser testigos del salvamento de la niña. "Prepárate para coger la cuerda que te voy a echar", gritó uno de los hombres a Miguelín.



Cuando Miguelín recogió uno de los cabos de la cuerda, lo ató fuertemente al tronco en que se sostenía con la niña. "Ahora estamos ya salvos", exclamó, cuando vió que los mozos, tirando de la soga, apartaban el tronco de las rocas y lo atraían hacia la orilla.



El señor Saunders, padre de la niña, que había seguido a la canoa por la ribera a lo largo del río, y presenciado toda la escena, se acercó a Miguelín y estrechándole la mano, exclamó conmovido: "No sé cómo agradecerlo. He podido apreciar por mi mismo cuánto te debo."

El próximo jueves os contará JEROMIN cómo Miguelín ahuyentó a dos salteadores

DON BONIFACIO Y MANOLIN

Ya conocéis a don Bonifacio y a Manolín. Alma cándida aquél, tropieza siempre en su generosidad con las travesuras de éste. Ved cómo en esta aventura sale malparado.



"Prepárate, Manolín, que vamos a salir a darnos un paseito, y si eres bueno te llevaré al 'circo'. 'Si, señor, sí; ya verá usted lo bien que me porto esta tarde'—contestó Manolín.



"Mire usted, don Bonifacio; soplando por la goma de este aparato se hace girar una aguja y si se llega a la señal de arriba, sale un premio. Usted que tiene tan buenos pulmones, podía probar ¿verdad?"



"Bueno, rico, como tú quieras". Y don "Boni" comenzó a soplar con todas sus fuerzas. Pero Manolín pisó la goma y todo el aire lanzado por los pulmones de don "Boni" se fué acumulando rápidamente.



Y como todo llega en este pícaro mundo, llegó el momento en que la goma no resistió más presión, y sobrevino una explosión que parecía que se iba a hundir toda la ciudad.



Don "Boni" rodó por tierra con la cabeza conculada de estrellas; Manolín fué a parar dentro de la caja, y a lo lejos un guardia se daba cuenta de la escena y a la que pensó ponerle un colofón.



El colofón del guardia fué un colofón con porra. Y había que ver cómo rebotaba el colofón, digo la porra, sobre la cabeza de don "Boni". Mientras éste era conducido a la Comisaría, Manolín se apoderaba de los caramelos de la caja.



Media hora más tarde don Bonifacio asestaba su hermosa calva por los barretes del calabozo, y veía con amargura a Manolín entregado a la dulce tarea de que todos desearían ayudarlo.



Resumen de lo publicado.—Martín, un huérfano empleado en la posada de "Las Dos Llaves", siguiendo al posadero y al llamado capitán Morgan por un pasadizo secreto, va a parar al "Castillo de los Misterios", en el que se queda a servir. Una noche, estando con Margarita, la sobrina del dueño del castillo, ven que un brazo, terminado en un gancho, aparece por una ventana.



Dominados por profunda emoción, Martín y Margarita subieron las escaleras, dirigiéndose hacia el ventanal donde había aparecido el brazo terminado en un gancho. "¡Es el capitán Morgan!"—dijo Martín. Pero cuando llegaron a la vidriera, el brazo había desaparecido.



Tan atónitos quedaron los dos muchachos por aquel extraño incidente, que ninguno de ellos se atrevió a moverse. Pero pronto Martín, recobrando su serenidad, avanzó y abrió rápidamente la ventana. "¡Si; es el capitán Morgan!"—repitió, al divisar al extraño personaje que corría precipitadamente.



Martín se encaramó a la ventana dispuesto a saltar. "Voy a ver en qué para esto"—dijo a Margarita, que se hallaba junto a él. "Yo también voy contigo"—replicó ella decididamente.



De un salto, Martín se lanzó afuera, y volviéndose luego, tendió sus brazos a Margarita para ayudarla a descender. "¿Estás decidida a acompañarme?"—le preguntó. La muchacha echó a andar.



Martín se adelantó a ella y, avanzando decidido por el patio, pudo divisar al capitán Morgan en el momento en que desaparecía detrás de una esquina. Rápidamente los dos jóvenes corrieron tras él y momentos después Martín exclamaba: "Mira, Margarita. Se está metiendo en el pozo que sirve de entrada secreta al subterráneo".



Cuando el capitán Morgan desapareció, Martín y Margarita avanzaron hasta la boca del pozo. "Voy a seguirle"—dijo Martín. "¿Quieres venir también, Margarita?"—"Sí"—respondió ella sin titubear.



Rápidamente descendieron por los escalones de hierro empotrados en la pared, y cuando se hallaron abajo, Martín reparó en una argolla que sobresalía de una losa del suelo. "Por aquí ha desaparecido"—dijo.



Y diciendo y haciendo, se avalanzó a ella y con todas sus fuerzas se empeñó en levantar la losa. "Yo te ayudaré"—le dijo Margarita, mientras bajaba los últimos escalones. Poco después ambos tiraban de la argolla.



Por algunos momentos la piedra se resistió aún, y luego de pronto cedió tan imprevistamente, que ambos jóvenes cayeron de espaldas, profundamente sorprendidos de aquella sospechosa facilidad.

EL HEROICO TAMBORCILLO



En tierras americanas, jamás pisadas por los hombres blancos, las huestes españolas habían entrado en son de conquista, paseando la enseña española por los campos traicioneros, donde los indios acechaban a aquel puñado de guerreros que marchaban incansables sin que los arredrasen las asechanzas y las emboscadas, cuando no los terribles ataques de los indios, que se oponían al avance furioso.

Tres fortines o puestos avanzados habían instalado los españoles en aquellas tierras donde a cada paso se alzaba la traición.

En el fortín más avanzado en las tierras inhóspitas se alzaba un chocho centenario de copa altísima y gran frondosidad. Enclavado el fortín en una colina,

la silueta del chocho se alzaba airosa hacia el azul, y recortándose en las nubes podía distinguirse su copa a varios kilómetros de distancia.

Cuando el jefe de las tropas españolas despidió al valiente capitán Alberto, que era el destinado para mandar la avanzada, le dijo abrazándole: "Si algún día te encuentras en un peligro grave, cuega en lo alto del chocho de la colina un trapo rojo y yo correré en tu ayuda. Pero ten bien entendido que solamente en un caso desesperado debes de hacerme esa señal."

Y marcharon aquellas docenas de valientes a jugarse la vida por España. Al frente de las tropas, pegado casi al capitán Alberto, marchaba el tamborcillo del regimiento. Era un rapaz de unos catorce años. Brillaba en sus ojos la audacia y la resolución de los héroes y tenía toda su personilla un aire simpático y agradable.

Transcurrieron los días en la más completa tranquilidad. Los indios parecían haber renunciado a disputar el terreno a los españoles, y éstos, más confiados, realizaban frecuentes excursiones por los alrededores. Cierta día en que el capitán y el tamborcillo sentados a la puerta de la tienda escuchaban las narraciones bélicas del viejo sargento Héctor, vieron llegar a un grupo de soldados que corrían en dirección al fuerte gritando:

"¡Los indios! ¡Los indios!" El capitán dió un salto y todos los soldados, llamados por el ronco son del tambor que tocaba a zafarrancho de combate, tomaron

posesiones tras las trincheras que rodeaban el fuerte y contestaron con una descarga cerrada a la nube de flechas lanzadas por los asaltantes, que se habían detenido ante el ímpetu de los defensores, dispuestos a morir antes que retroceder un solo palmo de terreno.

La lucha adquirió bien pronto caracteres trágicos. Los indígenas, cien veces más numerosos, atacaban sin tregua, y los defensores del fortín caían acibillados por las flechas de sus enemigos. El capitán Alberto tenía una mancha de sangre en la frente y su espada flameaba cortando los aires con resplandor de centella. El combate llegaba a extremos de desesperación, el jefe entonces dirigió la mirada al chocho altísimo que se elevaba en el centro del campamento y pareció dudar un instante. En su cerebro martilleaba una frase: "Solamente si te ves en peligro cierto... acudiremos en tu ayuda..." El valiente capitán vaciló: Allí abajo estaban los batallones amigos. Era preciso que uno de los defensores del fortín se sacrificase, porque sacrificio suponía el que un hombre se arriesgase a ascender por el chocho entre aquella nube de flechas. A su lado cayó un soldado, un poco más allá otro. Entonces el capitán dió una gran voz. "¡Soldados! Todos sabéis cuál es la señal de socorro. Si alguno quiere sacrificarse por sus compañeros, que salga de la fila."

No había casi concluido el capitán, cuando se vió correr al tamborcillo en dirección al chocho. "¡Detenedle! ¡Es muy pequeño!"—quiso gritar el capitán; pero se contuvo al ver cómo los indios arrojaban sus ataques.

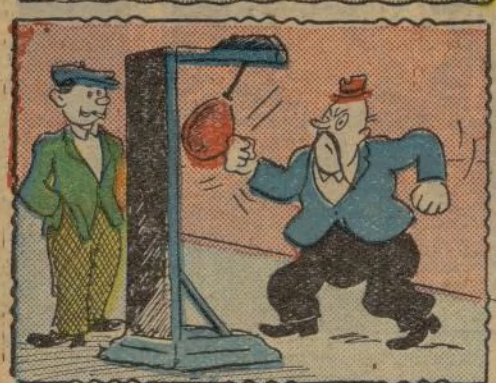
El tamborcillo había desgarrado su ropilla y la escarcela roja flotaba en su mano. Se agachó y trepó ágilmente por el

tronco del árbol y llegar prestamente a la copa, desde la cual agitó el lienzo rojo que significaba la liberación. La señal salvadora estaba hecha y el heroico tamborcillo desde lo alto se volvió hacia el campamento con una sonrisa de triunfo. Si los españoles resistían media hora más, estaban salvados.

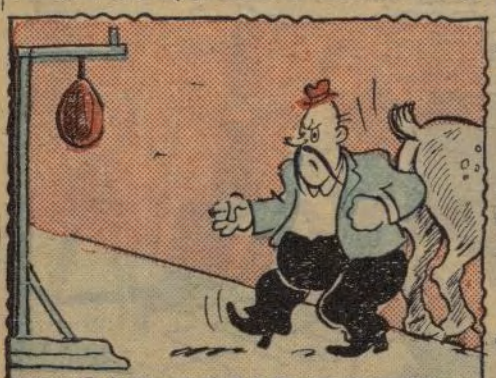
Y fué entonces cuando los indios, comprendiendo lo que era aquello, dirigieron todas sus iras contra el tamborcillo. Silbaron mil flechas alrededor del muchacho y varias se clavaron en el tronco. El capitán, nerviosamente, ordenó a los soldados: "Protegedle, protegedle" y los soldados abrieron un fuego infernal, poniendo ante él y el tamborcillo una barrera de fuego. "Baja, baja de prisa"—gritaba el capitán—. Y el tamborcillo se deslizaba por el tronco como una ardilla. Y ya casi a mitad de su recorrido se volvió de nuevo a sus amigos. Silbó una flecha siniestramente y fué a clavar en el pecho del muchachín. El pequeño se llevó las manos al pecho y dejó caer el trapo rojo. Pero sus manos seguían rojas; la sangre de la herida había manchado las manos del chico. "¡Maldición!"—rugió el capitán viendo caer al tamborcillo—. "Han matado al valiente muchacho".

El aviso salvador surtió su efecto. Las tropas del segundo fortín acudieron a la llamada de auxilio, y los salvajes fueron rechazados. El capitán corrió al instante hacia el tronco del árbol y recogió el cuerpo del tamborcillo, que había caído con los brazos en cruz, como si quisiera abrazar aquella tierra ingrata, ahora regada con la sangre generosa que había servido para salvar a sus hermanos.

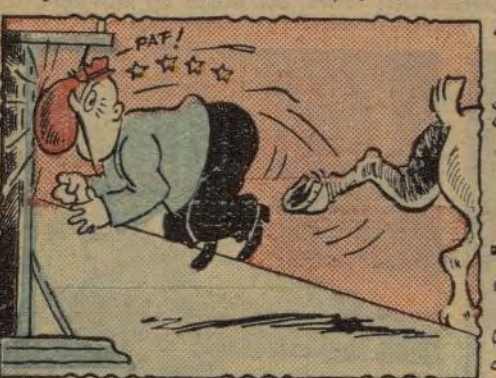
DON SEVERO AVENTURERO



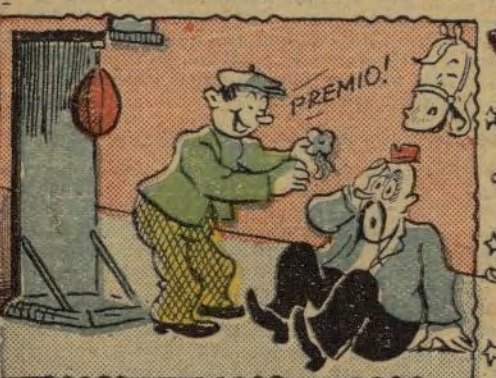
Don Severo ha ido a la verbena y a toda costa quiere sacar premio en un aparato de probar la fuerza. Indig-



nado porque no lo logra, quiere tomar carrerilla, pero, al retroceder, tropieza con un caballo, y éste le



suelta una cox y le precipita contra el aparato con tal fuerza, que marca con la cabeza la máxima resistencia. Don

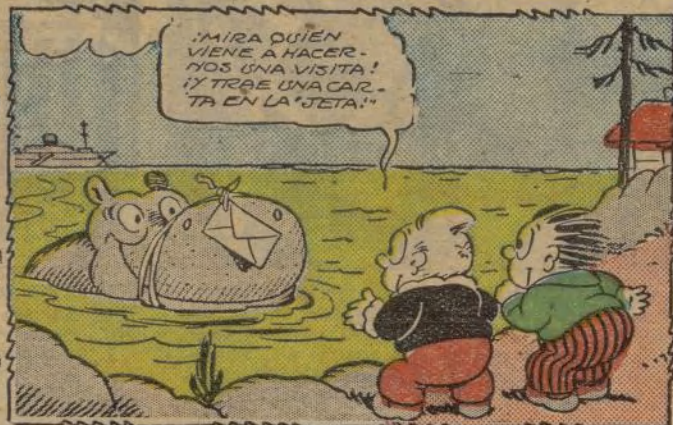


Severo cayó sin conocimiento, y cuando recuperó el sentido, vió, con asombro, que el dueño del trasto le observaba con un premio.

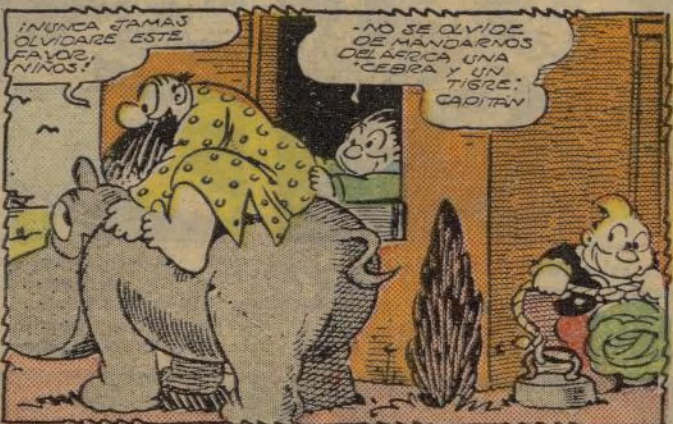


Laura seguía sin casa ni hogar, y lo peor es que no aparecía nadie a quien conmoviera para que la adoptase.

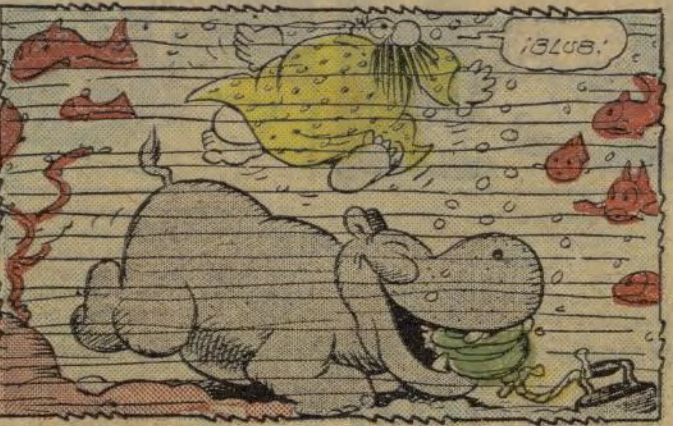
HAZAÑAS AL ALIMÓN



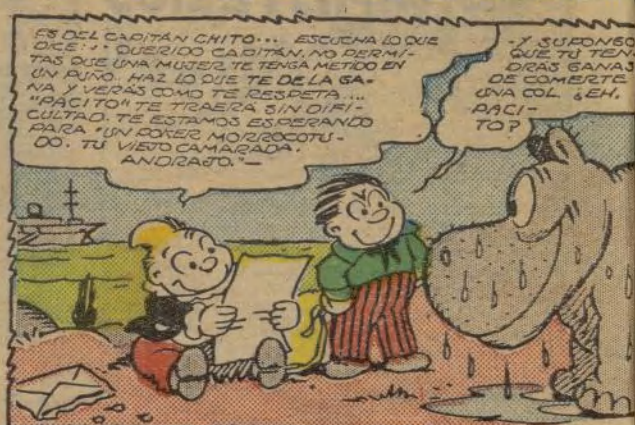
El capitán había sido encarcelado por la iracunda mamá Tecla, que había jurado degollarle con un serrucho si intentaba escaparse. Los pilluelos vagaban aburridos, cuando vieron llegar a Pacito con una carta en el "pico".



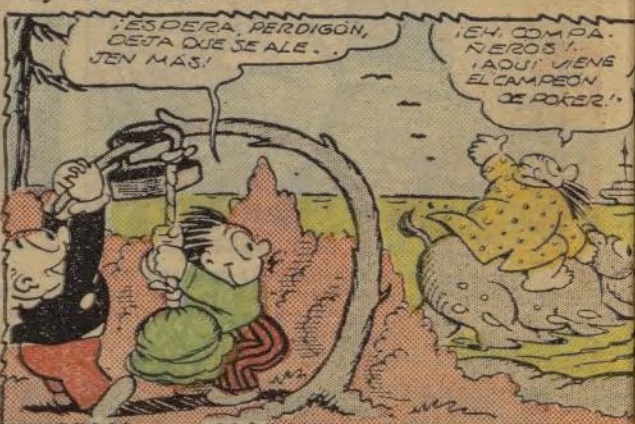
Los pilluelos le dijeron que había firmado el armisticio y que querían que concluyese aquella vida de tango que arrastraba el capitán. Este les dió las gracias, y, en traje muy poco de explorador, montó en Pacito, rumbo al barco.



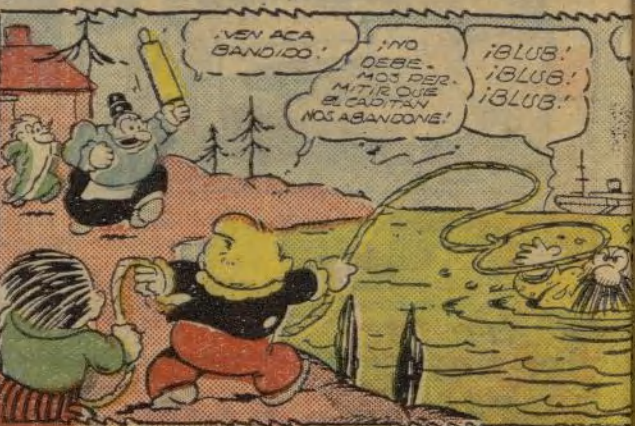
Y mientras Pacito le tiraba unos viajes a la col que la dejaba tiritando, el capitán intentaba acordarse de cómo se nadaba, pues estaba viendo que se iba al fondo sin remedio, a servir de pasto a los peces más o menos de colores.



La carta venía dirigida al capitán Terre-Moto pero como los pilluelos eran íntimos amigos de Pacito, éste no dudó en entregársela, y se enteró de que el capitán Chito invitaba a su amigo a huyera a lomos de Pacito.



¡Qué feliz se sentía el capitán navegando en cico, que nadaba en dirección a la libertad! ¡Qué feliz y qué impúdico viajar en camión! Mientras los pilletes se disponían a lanzar una col atada a plancha en dirección a Pacito.



Por fortuna, los pilluelos no tenían tan mala entraña como para dejar que se ahogase, y le lanzaron un cable; pero si tenían la suficiente malicia para avisar a mamá Tecla, que salió corriendo cuando la pisan el rabo.

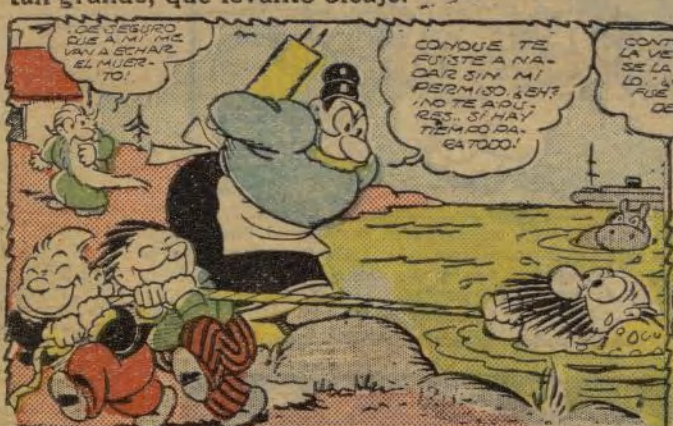
TARUGO Y PERDIGÓN



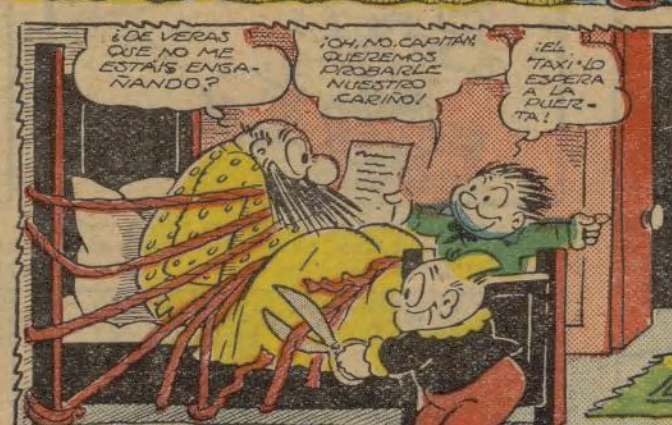
Los pilluelos decidieron ayudar al capitán, y primeramente se cercioraron de que mamá Tecla estaba descuidada, pues si la señora se daba cuenta de que intentaban libertar al prisionero, les hacía la permanente con una plancha.



Ya sabéis el delirio que Pacito sentía por las coles, que así que veía una le daban vahidos. Así es que, al contemplar cómo delante de su morro caía una tan estupenda, lanzó un berrido de satisfacción tan grande, que levantó oleaje.



¡Qué escena más melodramática se desarrolló en la playa! Mamá Tecla, con su rodillo de combate, esperaba a que se asomase el capitán para darle "k. o." de un rodillazo. Terre-Moto imploraba y Barba-Cana rezongaba.



Paso a paso, y un pie tras otro, pues no es de libertadores el levantar ambas extremidades a la vez, los pilluelos llegaron hasta el lecho de tortura del capitán y le libertaron, ante el asombro del prisionero, que no creía fuese verdad tanta belleza.

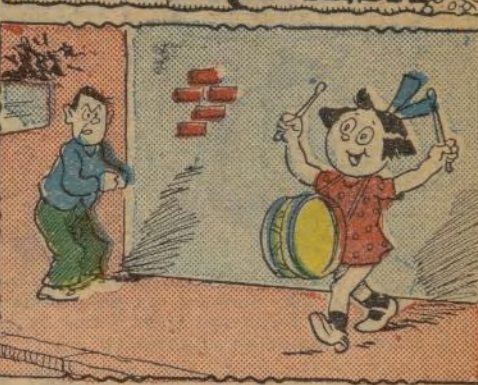


Y luego, olvidado de su misión, Pacito se sumergió detrás de la col, sin darse cuenta de que llevaba en sus costillas al valiente capitán, que, dentro de unos segundos, iba a ser un capitán pasado por agua, por debajo de agua, mejor dicho.

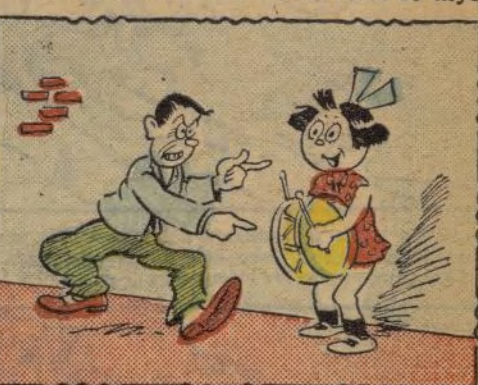


Todo el afán de mamá Tecla era saber quién había libertado al capitán. Todo el afán de Terre-Moto era pedir a Dios que le concediera la intención de un mosquito de trompetilla, la fiera de un tigre y la fuerza de un toro para vengarse.

TERESA NINA TRAVIESA



A Teresa le ha comprado su tía un tambor, que es la envidia de los chicos del barrio. Uno de ellos le dijo



que se lo diese por las buenas, y como Teresa se negó, juró que se lo rompería cuando menos lo esperase. En un



descuido de Teresa, cogió el envidioso muchacho una piedra y se la tiró al tambor con todas sus fuerzas. El



parche rechazó la pieza y fue a parar a la cabeza del culpable. El chico se fue berreando, y Teresa acompañó con su tambor el ritmo del llanto.

Risa para la semana en "Laura" la charlatana



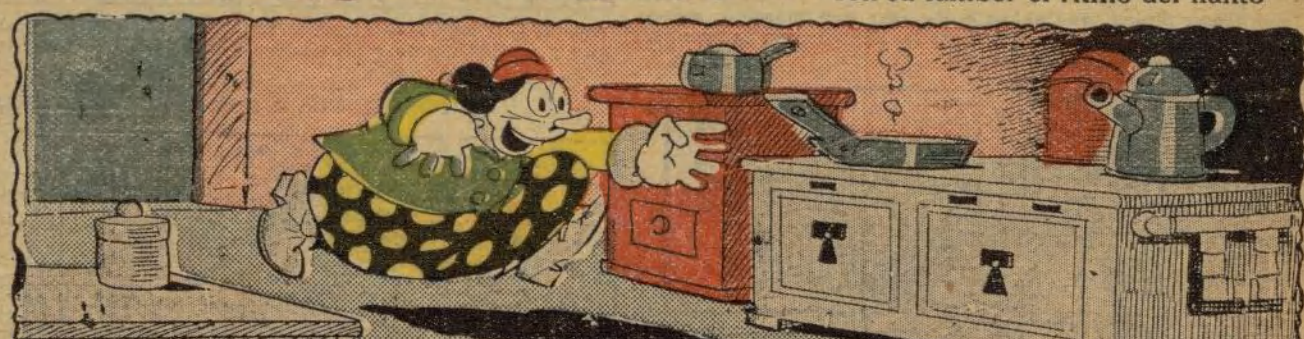
No tardó en aparecer una señora, y Laura comenzó a cantar para que se fijasen en ella. "Ya es mía" — pensó la cotorra.



Y prosiguió cantando: "Es mi pecho volcán, larán, larán, mi corazón una fragua donde se quema la ceniza, y el fuego."



Y de pronto la señora escapó a todo correr: "¡El fuego! ¡El fuego en mi casa! ¡Ay la remolacha, que se quema mi casa! ¡Fuego! ¡Fuego!"



Y Laura se quedó sola y pensando: "¡Pero maldita sea mi estampa! ¿Y qué le habrá pasado a esa tía visión para escanar corriendo?"

Y la tía visión, a quien la cotorra le había recordado que se quemaba el puchero que había dejado a la lumbre, agradeció a Laura su aviso, y fue feliz.

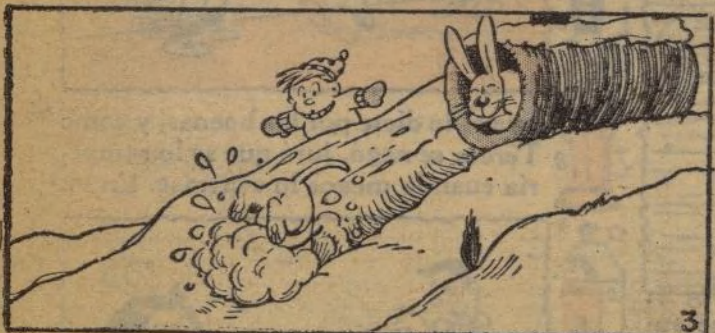
Don Simplicio y Dinamita



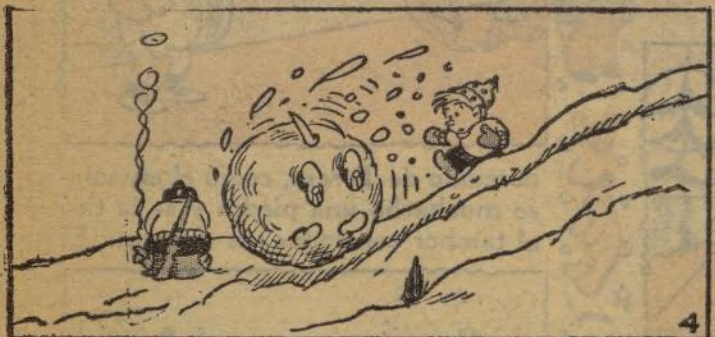
Decididamente, don Simplón era un pésimo cazador y Telsforo y Dinamita decidieron ir en busca de una liebre para dejar a salvo el honor de la pandilla.



Dinamita había descubierto una liebre que parecía la madre de todas las liebres, pero ésta tenía muy mal genio y repelió violentamente a los cazadores.



La liebrequita tenía unos remos que ni los de una traínera, y Dinamita entró en barrena rodando montaña abajo como un bólide, mientras la madre de todas las liebres seguía tan campante.



Dinamita, rodando montaña abajo, fué engrosando de tamaño al rodar sobre la nieve, y Telesforo, que era muy perspicaz, olfateó la tragedia viendo la dirección del bólide.



El pobre don Siplón, que acababa de asar una morcilla, se sintió de pronto proyectado dentro de la hoguera, en la que cayó con el torrao sobre las brasas.



Y en vista del éxito obtenido, los valientes cazadores se fueron por donde habían venido, maldiciendo de la caza, de la liebre, de los conejos y de las granjas avícolas.

MIKITO Y EL USURERO



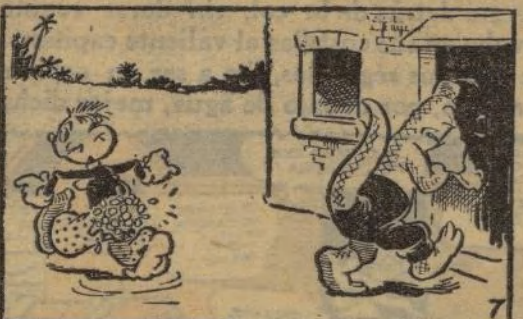
Mikito se sentó en un banco que estaba recién pintado y del que unos pajaritos habían quitado el cartel en que esto se advertía.



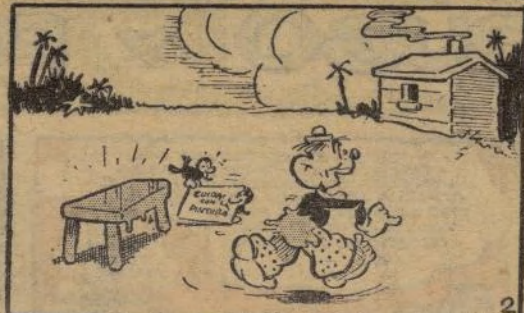
Al asomarse por una ventana contempló un espectáculo hermoso: una mesa y sobre ella unos montones de oro capaces de dejar bizco a un rajá.



Samuel vió con espanto que el trabucazo hizo que sus monedas salieran por la ventana, yendo a caer sobre la parte pintada de Mikito, donde se quedaron pegadas.



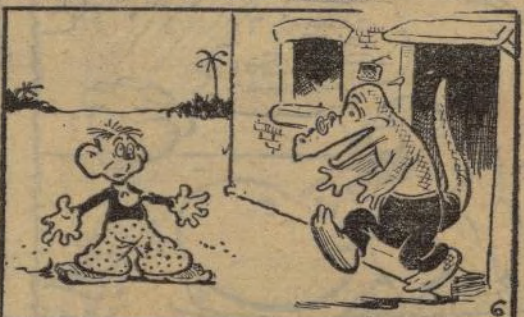
Convencido Samuel de que sus monedas habían desaparecido, hubo de conformarse con coger una "perra", y comenzó a verter lagrimones de litro y medio cada uno.



De pronto se oyó el sonido de unas monedas y se levantó. La pinturita del banco le había puesto el... "ecuador" que parecía un paisaje.



Pero Samuel Cocodrilez era un avaro consciente, y al ver su tesoro en peligro, disparó a Mikito un trabucazo de tachuelas baratas.

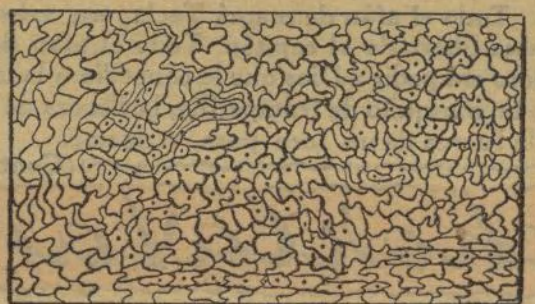


Cocodrilez entonces salió hecho una furia y con gritos desgarradores reclamó a Mikito el dorado metal. Pero éste se limitó a mostrarle sus manos limpias.



Y Mikito decía, mientras le servían el banquete en aquel restaurant de lujo: "Ahora comprendo por qué producen tanto los bancos." Al día siguiente se tuvo que purgar.

PASATIEMPOS



Rellenad de negro los espacios señalados con un punto y veréis aparecer un curioso dibujo.



Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte el apellido de un boxeador célebre.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



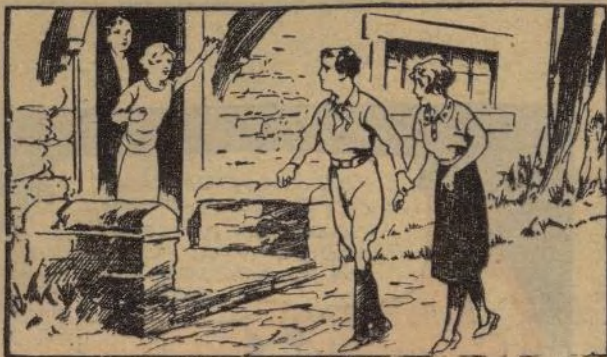
Unidos los puntos del 1 al 74 veis que el niño está tirando de un caballo.



El camino negro es el que siguió el cazador para alcanzar a su perro.

Resumen de lo publicado. Antonio, un huérfano adoptado por el señor Smith, propietario de un circo, salva a la hija del señor Tring y éste cede un campo suyo para que se instale el circo.

COMPANEROS DE CIRCO



Antonio y Mercedes salieron de casa del señor Tring y se despidieron con sinceras demostraciones de gratitud. "Pronto nos veremos. ¡Qué agradecido le ha de quedar a usted mi papá!", le decía Mercedes al alcalde de Trevor.



"Desde luego no tan agradecido como yo lo he de quedar para siempre hacia Antonio", replicó el señor Tring. "¡Qué suerte hemos tenido en nuestro paseo de esta tarde!", decía Antonio, mientras él y su amiga se acercaban al circo.



El señor Smith se hallaba pensativo, cuando su hija vino a sacarle de su abstracción. "Papá, te traigo la noticia más grata". Luego le contó la aventura del salvamento, y terminó diciendo: "El señor Tring nos cede un campo para montar el circo".



"Iré a darle las gracias", respondió el señor Smith. A la mañana siguiente, todo era alegría y animación en el campamento. Parecía que la suerte del circo había cambiado a mejor. La gente reía y bromeaba, y a la tarde se puso en marcha la caravana.



Antes de que anocheciera, el circo había acampado en los terrenos del alcalde de Trevor, y se comenzó a preparar la cena. El señor Tring fué a saludar al señor Smith, acompañado del señor Hunter, un famoso explorador, que deseaba conocer el circo.



El señor Smith los recibió con la mayor consideración y les acompañó en su visita. En una de las jaulas vieron a un león irritado contra su domador. El señor Smith se acercó y con algunas palabras aquietó al animal. Los visitantes estaban admirados.



El propietario del circo había dirigido a la fiera frases cariñosas, y al instante se vió que la ira había desaparecido de los ojos del león. El señor Smith hizo entonces una señal al domador para que saliera de la jaula.

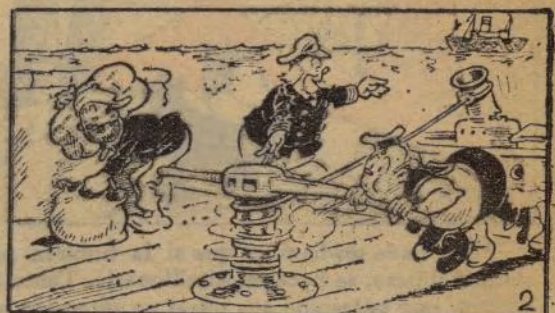


"Amigo Smith, usted tiene una verdadera fortuna en sus animales—le dijo el señor Hunter—; tanto, que después de cenar pienso hacerle a usted una proposición." Aquella noche Antonio y Mercedes realizaron en la pista una gran exhibición. (Continuará.)

NICANOR Y EL CAPITAN DON PIO.



Don Pio y Nicanor se estaban preparando para continuar sus viajes en busca de famosas aventuras.



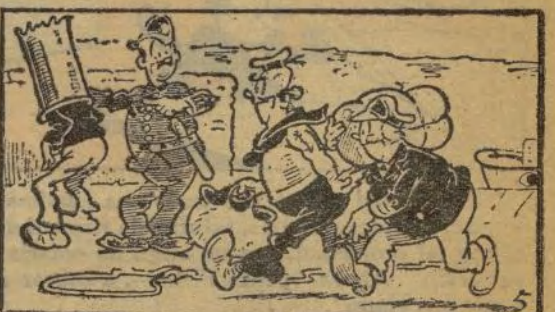
Mientras Nicanor sudaba el kilo dando vueltas al cabestrante y don Pio animaba al vaporcito, un caco actuaba.



La chimenea no pudo resistir tanta fuerza y se desprendió del vaporcito, y en medio de esta catástrofe don Pio vió al caco...



que huía con el equipaje. Pero pronto las caras de los bravos marinos se tornaron risueñas al ver que cazaban al ladrón.



Y una vez entregado el ratero a la autoridad, representada en aquél juncal guardia, don Pio y Nicanor recobraron su equipaje.

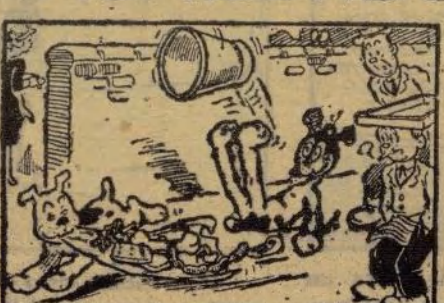
EL PERRITO VAGABUNDO



El perrito "Pelanas" tenía aquel día un hambre realmente "canina", por lo que decidió imitar el numerito del anuncio del circo, a ver si sacaba para un estómago de perdiz, que es su debilidad. Tan



maravillosamente hacía girar el cubo con sus patitas, que había que ver la de donativos en forma de longaniza, emparedados, fritos y huesos que recibía. "Pelanas".



La envidia es un vicio feísimo y mucho más cuando alienta en un perro. Pero contra la envidia está la caridad; y contra el perro envidioso un cubo hábilmente lanzado no está mal.



Tanto éxito obtuvo "Pelanas" con la captura del can, que hasta Bernardito "se tronchaba", sin darse cuenta de que le habían dejado la bandeja tan vacía como su cabeza. Y "Pelanas" se "hinchó".

ANDANZAS DEL GATO FELIX



¡TENGO QUE VER SI EN EL CASTILLO DEL GIGANTE ENCUENTRO CON QUE MATARME EL HAMBRE!

Félix tenía un hambre que si la hubiera podido vender al peso, se hace multimillonario. Tanta era la gazuza, que encaminó sus pasos en dirección al castillo del espantable gigante, pensando que era preferible morir de un morrón a morir de hambre.



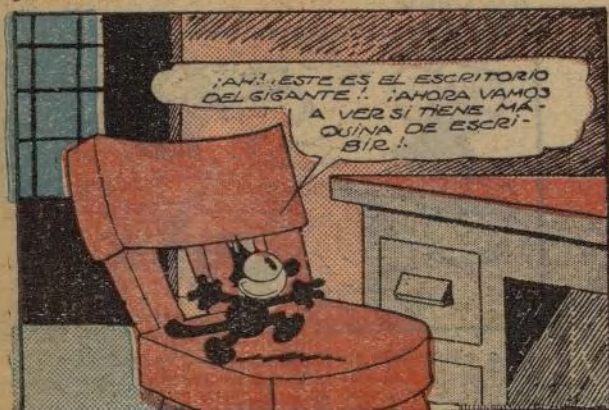
¡ESTA ASISTE. RO DE LA LLAVE PARE. CE HECHO EX PROFESO PARA FRAN. QUERME LA ENTRADA!

Dispuesto a jugarse sus siete vidas, con tal de calmar su hambre felina, el heroico gato se coló por el agujero de la llave, temblando las carnes de miedo, pensando en si le descubriría o no le descubriría el feroz gigante.



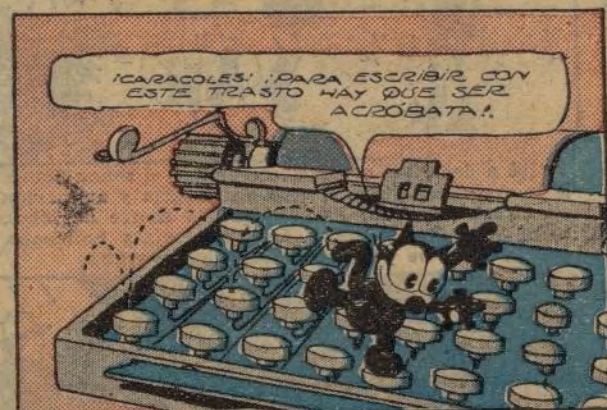
¡EL MAYORDOMO NO QUERRA DARMENADA SIN UN VALE DEL GIGANTE, PERO... ¡YA YO ARREGLARE ESO!

Como era más listo que Cardona, pensó que lo mejor sería falsificar un vale y entregárselo al mayordomo del gigante. Aquella era una idea completamente volteaica; pero Félix tenía una cara más dura que un panecillo de siete días.



¡AH! ESTE ES EL ESCRITORIO DEL GIGANTE. ¡AHORA VAMOS A VER SI TIENE MÁQUINA DE ESCRIBIR!

Como aquel plan le pareció más bueno que el señor Guzmán, se encaramó a una silla, pues había "guipado" una máquina de escribir, y pensaba dársela con "gruyere" al mayordomo del gigante. Decididamente, se iba a hinchar.



¡CARACOLE! ¡PARA ESCRIBIR CON ESTE TRAISTO HAY QUE SER ACROBATA!

Pero aquella máquina del gigante, grande como un campo de fútbol, era para aniquilar al gato. Y menos mal que sólo tenía que escribir un vale, que si tiene que redactar el "Quijote", la "diña", sin remisión. ¡Vaya maquina portatil!



Al Mayordomo. Vale por una comida que se servirá al gato Félix.

¡AHORA HAY QUE BUSCAR UN LAPIZ PARA FIRMARLO!

A pesar de todo, Félix consiguió redactar un vale, después de haber dado más brinco que un saltamontes perseguido. Ahora faltaba la firma, y se dispuso a falsificarla, pues no era cosa de firmar con el nombre de un tío suyo.



¡JE, JE, JE! ¡NO ESTÁ MAL IMITADA LA FIRMA DEL GIGANTE!

El lápiz del gigante era como una jabalina, y Félix, con grandes trabajos, falsificó la firma del gigante con tal propiedad, que un ciego no notaría la falsificación. "Ahora—pensó Félix—, a cobrar el vale, y voy que chuto".



¿CÓMO TE ATREVES A USAR MI ESCRITORIO, SO BANDIDO?

Pero, por el cariz que tomaban los acontecimientos, el gato iba a cobrar mucho antes de lo que había pensado, pues en la puerta apareció el gigante, qué, así que vió al aventurero, se lanzó sobre él con ánimo de perjudicarlo.



¡CANASTOS! ¡ME HA COGIDO CON LAS MANOS EN LA MESA, DIGO, EN LA MASA!

Pero Félix corriendo era un campeón de la Vuelta a Francia, y dando un salto, si no de costado, por lo menos de costadillo, se puso fuera del alcance de la mano fatal, y se arreó a toda mecha, sin soltar el lápiz.



¡VUELVE CON ESE LAPIZ, INSECTO FELINO, O TE QUITO TUS SIETE DIABOLICAS VIDAS!

Mas no pudo evitar que el gigante le diera un mandoble y le hiciera caer por una de las ventanas. "Muerto soy — exclamó Félix, abriendo unos ojos como dos platos soperos— Muerto soy, y no me salvar ni la Paz, ni la Pepa, ni ninguna".



¡QUÉ SUERTE TENGO! ¡LA GOMA DEL LAPIZ AMORTIGUÓ EL CHOQUE!

Pero estaba visto que Félix era un gato con más suerte que acertar el "gordo". El lápiz que nerviosamente había estrechado entre sus brazos, chocó contra el suelo, y la goma hizo de paracaídas, salvándole la vida.



¡DEJARE REBOTANDO HASTA QUE NERME EN SALVO!

Y, además, al contraerse y dilatarse la goma, lo hizo escapar a grandes saltos, poniéndose en escasos minutos fuera del alcance del gigante. Mas... ¿adónde iría a parar ahora nuestro gato aventurero? ¿Lograría salvarse?

(Continuará.)